

Las mujeres y la familia en el fin del milenio

Conferencia de mujeres

Visión futura de la mujer y la familia en el desarrollo nacional

Tegucigalpa, Honduras, 5 de julio de 1996

Dra. Marcela Lagarde

Marcela Lagarde: Etnóloga, Maestra y Doctora en Antropología. Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinadora de los Talleres Casandra de Antropología Feminista. Asesora de diversos organismos internacionales y de organizaciones de mujeres de América Latina y de España. Autora del libro: *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1990, y de múltiples trabajos de investigación sobre la condición de la mujer y la situación de las mujeres, así como sobre política y género.

Las mujeres y la familia en el fin de milenio

Marcela Lagarde

En cuatro años todas nosotras seremos gentes del siglo pasado y además, del milenio pasado. Dejaremos el siglo con asombro, tal vez con nostalgia o hasta con buen semblante, pero el milenio, se nos irá casi sin darnos cuenta.

Seremos vistas por las mujeres nacidas en el siglo XXI con la altanería de quienes miran hacia adelante y están a la vanguardia del tiempo. Tal vez nos conciban como mujeres anticuadas de ideas y costumbres añejas y ojalá, pasadas de moda.

Y digo ojalá porque no espero que las mujeres del próximo milenio deban enfrentar los oprobios que han marcado a las mujeres de este siglo y de este fin del tiempo.

1- Las contemporáneas

Somos mujeres modernas y diversas. Entre nosotras habemos mujeres alfabetas, hijas de la escuela y de la educación científica, capacitadas para desempeñar diversas profesiones y oficios, pero hay también millones de mujeres que habiendo pisado el aula desertaron de la escuela para hacerse cargo de tareas tradicionales. Entre las contemporáneas hay mujeres viajeras y migrantes que descubren horizontes y culturas, ciudades y países diferentes al suyo; viajan en busca de mejores oportunidades de trabajo o debido a su trabajo. Son contemporáneas de mujeres que nunca han salido de su país, ni siquiera de su pueblo o de su comunidad y cuya mira es tan estrecha como limitado es su mundo.

Las *contemporáneas* persiguen fines propios y logran sus objetivos, destacan casi en cualquier ámbito a excepción de los espacios de poderes políticos. Pero también es cierto que en muchos hogares todavía se considera que las mujeres no deben estudiar demasiado y que no es de mujeres decentes trabajar fuera de casa. Sus familiares les impiden en ocasiones con violencia, que realicen actividades fuera.

La gama de mundos en que vivimos las contemporáneas es inmensa y nuestra diversidad también. Cantidad de mujeres están atentas a los acontecimientos de la sociedad y se afanan en ejercer su ciudadanía: participan en asuntos de su comunidad y de sus gremios e incursionan en liderazgos propios, son bases de partidos políticos, votan y en pocas ocasiones son propuestas para cargos de elección popular y de representación. Los varones controlan las posiciones de poder y aún se mantienen como el género que gobierna y dirige. Millones de contemporáneas son prácticamente analfabetas políticas y no están enteradas de asuntos que van más allá de su entorno. La política no es su asunto porque materialmente no tienen tiempo y consideran que no es de su incumbencia porque son mujeres, que la política es un asunto de los hombres y no de todos. En fin, podría hacer una larga enumeración de cuán diversas somos las mujeres contemporáneas para incluir que algunas son recién nacidas y otras son ancianas. Que unas son bilingües y otras hablan exclusivamente su lengua materna minorizada. Unas poseen cantidades inimaginables de dinero y otras no tienen dinero propio.

La inmensa mayoría de las mujeres trabaja hasta quedar extenuada y no recibe remuneración correspondiente. Hoy, decimos la pobreza tiene cara de mujer y las mujeres son las pobres del mundo: son siempre más pobres que los hombres de su familia, que su padre, sus hermanos, sus esposos, sus hijos. No poseen tierra, ni dinero, ni capital. Ni siquiera son consideradas sujetos de propiedad, de herencia, de crédito. Unas cuentan con toda la tecnología incluso en sus hogares y otras no tienen siquiera luz eléctrica, drenaje, comida adecuada, ni hospitales en sus comunidades.

Las mentalidades de las contemporáneas son también diversas. Las hay profundamente religiosas de creencias milenarias y otras que han adquirido afición por prácticas esotéricas de reciente creación. Algunas son tradicionalistas y conservadoras para todo y rechazan ideas de avanzada, incluso las propuestas para que mejoren en su condición de mujeres. Otras, por el contrario, con miras más amplias cambian ideas anacrónicas y se adaptan con gran esfuerzo a estos tiempos. Entre las contemporáneas hay las más osadas que se esfuerzan por convencer de los derechos humanos de las mujeres a quienes se oponen al mínimo avance.

1- Las mujeres en los roles de parentesco en la familia

Tan diferentes unas de otras, las mujeres compartimos un mismo nicho que es la familia. En ella, a la vuelta del siglo cumplimos roles semejantes a los de nuestras ancestas, realizamos actividades que si no fuera por la tecnología serían idénticas de una latitud a otra y de un milenio al otro. Las mujeres ocupamos en la familia posiciones lugares y jerarquías semejantes. A pesar de la diversidad de las familias y de sus aparentes o profundas diferencias, la condición de la mujer, base de la identidad de cada mujer, y la estructura familiar base de cada familia son tan semejantes que hacen comparable el contenido de sus vidas. La mayoría tenemos preocupaciones similares y nos asombra lo parecido de nuestros conflictos. También la desesperación y la desesperanza impactan con igual fuerza el desaliento de tantas que no tienen las posibilidades de enfrentar sus enajenantes condiciones de vida.

Ancladas en la familia las mujeres somos ancla de cada persona. Como madres, y no hay que olvidar que aprendemos a ser madres desde pequeñas, las mujeres somos ancla, territorio, casa y hogar para los demás. Somos su certeza en la vida. Cada quien puede vivir anclado o anclada en nosotras, cobijado en nuestro cuerpo y en nuestro ser. Cada quien puede ir venir, puede desarrollarse, atreverse a hacer cosas inauditas, porque nosotras estamos ahí.

Como *madres*, las mujeres debemos no sólo dar vida sino conservarla. Nuestra subjetividad se desarrolla entonces como seres nutricias, vivimos para satisfacer las necesidades vitales de los otros y nuestra mentalidad es tan sofisticada que hasta aprendemos a adivinarles sus deseos más ocultos. La enseñanza es una de las dimensiones más importantes e inadvertidas de la maternidad. A través de lo que se ha llamado la lengua materna nosotras transmitimos la cultura a la siguiente generación: cada una enseña el amanecer, los nombres de las cosas, las normas, las formas de comportarse y lo que no debe hacerse: lo permitido y lo prohibido. La madre va del descubrimiento, al consejo y a la prohibición.

Pero también como *madres*, con nuestros afectos, con nuestra mirada y con regaños y cariños, afirmamos en su ser a cada quien. Debido a que la crianza es femenina, contribuimos como nadie a su identidad: nosotras le decimos quién es, qué se espera de su vida, hacia dónde debe ir. Con nuestra afectividad brindamos, como podemos, seguridad y confianza, aceptación de sí mismo o de sí misma a nuestros hijos e hijas. La *maternidad* no es una función simple y natural como nos han hecho creer, es una de las más impresionantes actividades de humanización de las personas cuando son criaturas y durante toda su vida.

Pero lo más difícil para nosotras es darnos cuenta que transmitimos valores y pautas sobre lo que es ser mujer y lo que es ser hombre que son *machistas y patriarcales* que atentan contra las mujeres y, en ese sentido, contra nosotras mismas. Nuestra contradicción se enmarca en que hemos sido educadas a defender la familia patriarcal y sus normas, como si fuera nuestra propia causa. Al mismo tiempo que se nos hace creer que no hay alternativas y se nos acusa de ser las culpables de que haya machismo. Y muchas mujeres quedan atrapadas, no educar patriarcalmente y no vivir de acuerdo con esas normas sería atentar contra lo que debe ser.

Las mujeres no hemos inventado esas normas, ni esos modos de vida. La familia es una más de las instituciones de la sociedad y corresponde con el sentido de la vida social. Si la sociedad es patriarcal, la familia también lo es. Si la sociedad se transforma en el sentido de hacer el desarrollo social abarcador y democrático, es preciso que la familia también cambie. Por eso es preciso que nos demos cuenta que hacerlo, significa repetir modelos de género que son contrarios al despliegue equitativo de las mujeres y de los hombres en sus vidas. Como todavía se cree que la maternidad es natural casi nadie se pregunta ¿en qué condiciones son madres las mujeres? ¿cómo viven su maternidad las mujeres? ¿qué les significa? ¿qué necesitamos cambiar?

La *maternidad tradicional* significa para las mujeres brindarse a *los otros* y además hacerlo de acuerdo con la feminidad, sirviendo, es decir en servidumbre. La *entrega a los otros* con la condición del *abandono a una misma* conocida como abnegación y sacrificio. Tal es la exigencia.

Como *hijas*, las mujeres vivimos el arduo camino que es la preparación para ser madres, sujetas a los controles todopoderosos de la madre, del padre y de los demás parientes. Las niñas se van convirtiendo en *pequeñas madres* y en muchos hogares no sólo apoyan a su madre y forman parte de lo que he llamado el equipo materno (el *ginecogrupo*), sino que muchas veces la sustituyen y asumen sus responsabilidades como si fueran de la misma edad. Las niñas en nuestro sistema familiar son *madres niñas*: no han aprendido a cuidarse a sí mismas como personas cuando ya deben hacerse cargo de cuidar a otras personas, atender y servir hermanos, cuidar la casa, hacer quehaceres, apoyar emocionalmente a su madre y en el extremo, deben ser casi casi, la madre de su madre.

. Pero detengámonos aquí para ver lo obvio pero invisible para la mayoría de las personas: la madre y la hija comparten esa condición: *ser-para-otros, ser-de-otros* (pertenecerles), *ser-controladas-por-otros*. Incluso, en muchas ocasiones ser violentadas por *otros*. Ambas son tratadas como menores aunque sólo la hija sea menor y ambas deben obedecer órdenes y recibir un trato discriminatorio, inadecuado e injusto para ellas.

Las mujeres en la familia son desde luego *cónyuges*, es decir, *esposas*. Y el contenido compartido de ser esposa es vivir con la mirada, la atención y la vida puesta en el esposo. Las familias son instituciones profundamente patriarcales: en el centro y con una jerarquía y un rango superiores a las mujeres, están los hombres en cualquier posición familiar que ocupen. Como *esposos*, los hombres gozan de *canongías y privilegios*, desde luego tienen libertad al mismo tiempo que tienen el derecho de sujetar a la esposa como si fuera menor. Los esposos se convierten en dueños de sus esposas y es aceptado que decidan por ellas. Se espera desde luego que las cuiden en el sentido protector, pero también en el sentido de controlarlas. El supuesto es que las mujeres no son aptas para cuidarse a sí mismas y que si no son controladas algo malo harán.

Las *esposas* deben cumplir funciones maternas para sus esposos deben ser *madresposas*: desde ser su ancla y territorio, hasta cuidarlos maternalmente: cocinar para ellos, alimentarlos, ver su ropa, atenderlos, y además limpiar y arreglarles su casa y sus cosas. Igual que la madre pero con un deber más, la *esposa* debe cumplir deberes sexuales bajo el control, el gusto y el deseo de su esposo. En América Latina se exige fidelidad absoluta a la mujer y se perdona como falta menor la infidelidad del esposo. La doble moral abarca esta desigualdad sexual entre mujeres y hombres en el matrimonio y la exigencia de obligaciones diferentes para cada quien.

La *esposa* es una suerte de *madre del esposo* pero en calidad de su *hija sujeta* como si fuera menor. Es bien visto que el hombre mande a la mujer y que además ella le sirva y le obedezca.

Las mujeres en la familia son también *hermanas*: como *hermanas* se espera que obedezcan a sus hermanos y que les dejen a ellos el cuidado de su honestidad sexual. Las hermanas que debieran ser pares, son servidoras de sus hermanos a quienes deben atender como madres menores, sometidas. Las desigualdades entre hermanas y hermanos son enormes y en las familias favorece esa desigualdad que genera discriminación, abuso y conflictos entre ambos. Cantidad de mujeres están marcadas por el sufrimiento de no haber sido queridas por sus padres como sus hermanos. Cuando pasan de sus padres y hermanos a sus maridos, creen que encontrarán en el matrimonio y en el esposo el apoyo y el respeto que no tuvieron. La mayoría descubre que su nueva situación repite lo que ya conocía.

En *todas las posiciones de parentesco*: como madres, como hijas, como esposas y como hermanas, las mujeres cumplen funciones semejantes: *cuidar-vitalmente-a-los-otros*. Y hacerlo además con desventaja de género: sometidas por ser mujeres, requeridas de obediencia y despojadas de muchos poderes para vivir. Por lo hasta aquí expuesto es explicable que sea conflictivo plantear en la familia igualdad de oportunidades y de poderes de mujeres y hombres, respeto y un trato justo y equitativo entre ambos. (escolares, alimenticias, de alternativas al desarrollo personal, etc.)

2- La familia: inequidad por géneros y edades

Es evidente que la familia es una de las instituciones menos modernas en cuanto a derechos y obligaciones de sus miembros desde una perspectiva contemporánea. Campean en ella relaciones muy tradicionales y es una de las instituciones más

conservadoras de la actualidad. Sus reglas reproducen *formas patriarcales de organización* con jerarquías muy estrictas entre hombres y mujeres, entre adultos y adultas, niños y niñas, jóvenes, viejos y viejas. Las relaciones de parentesco corresponden con esa organización por géneros y por edad y son muy estrictas.

Sin embargo, la mitología y las ideologías de la familia la presentan como una institución ideal, magnífica: la mejor de todas. Poco se habla de lo que ocurre ahí dentro y cada familia funciona de manera cerrada frente a otras familias y frente al mundo. Los dramas familiares que nos preocupan y están en nuestras conversaciones y chismes, son casi susurrados y no hay familia que no contenga inmensos *secretos*.

El *silencio*, es uno de los principios que permiten ocultar los daños, la violencia y la injusticia en las familias. No debemos permitirlo. Es preciso promover que se ventilen en la sociedad los hechos ocultables de las familias como una vía para dotar de fuerza y derechos desde la sociedad a los miembros de la familia desprotegidos ahí dentro. Pero no sólo debemos sacar a la luz y dejar de silenciar la *opresión familiar*. Debemos dejar de idealizar a la familia. En efecto, la idealización de la mitología familiar impide darnos cuenta de lo que ahí ocurre. Pero lo peor es que cada persona cree en los mitos ideales sobre la familia y queda inerte frente a sus parientes y frente a la fuerza y el poder opresivo de la familia misma.

3- *Democratización de la familia y derechos humanos.*

En la era de los derechos humanos es urgente *introducir en la familia la filosofía de los derechos humanos* y permitir que la familia se convierta en un espacio del respeto irrestricto a la inviolabilidad física, emocional, intelectual y sexual de las personas. Que la familia sea el espacio de la seguridad inmediata de cada persona y de la confianza en los otros. Hacerlo, precisa:

a) *Desmontar las desigualdades de género en la familia*, dejar de poner en el centro y en posiciones jerárquicas superiores y de poder a los varones e inferior a las mujeres y establecer un principio de equidad entre mujeres y hombres. Las mujeres ya no debemos ni queremos ser las eternas menores de edad que debemos ser custodiadas y controladas por los otros.

b) El otro principio es el de introducir *el respeto de los adultos y adultas a los niños y niñas a los jóvenes y a los viejos y viejas*. No sólo es respeto irrestricto a su integridad corporal, física, emocional, intelectual y sexual, sino establecer claramente la responsabilidad de las y los adultos para con los demás.

Esta propuesta está basada en *principios éticos de semejanza y de igual valía*, según los cuales, cada quien es semejante al otro, a la otra, ni superior, ni inferior. Y cada persona tiene el mismo valor que las demás.

El problema del *poder* adquiere su complejidad cuando se trata de las relaciones directas y personales. Debemos desmontar los mecanismos tradicionales de poder familiar que contienen elementos de dominación: desde el poder de decidir, hasta determinar orientaciones de la vida, imponer castigos, cometer injusticias y ejercer violencia.

Para enfrentar el poder en las relaciones personales es preciso además de introducir *el respeto la igualdad entre los géneros y el respeto irrestricto entre los de diferentes edades*, desarrollar *el principio de la equidad* es decir, de *compensación* de quienes poseen más recursos a quienes tienen menos recursos dentro de la familia.

El principio de negociación consistente en la interlocución, el diálogo, el arreglo posible para no confrontar y chocar.

A estos principios debemos sumar *el principio de solidaridad*. El cual se confunde con la actitud de entrega de las mujeres que produce un efecto nocivo porque cada mujer se da hasta desaparecer en su individualidad. Eso no es solidaridad. En cuanto a los hombres, se confunde su capacidad de compartir sus bienes, sus atenciones, su protección, con la solidaridad. Sin embargo, ellos comparten dominando. Eso no es solidaridad. Los cuidados familiares hacia los niños y las niñas tampoco son solidarios porque en unos casos se complementan con grados diversos de explotación y de opresión hacia ellas y ellos, y en otros, con privilegios, sobreprotección y servidumbre, en particular de la madre hacia sus criaturas. Eso no es solidaridad. En cuanto a los viejos y las viejas, se les despoja de su valor social intrínseco y se les considera estorbos, se les deshecha, se les arrumba. Eso tampoco es solidaridad.

Finalmente, se cree que querer a las personas es suficiente. De acuerdo con la doble moral vigente se permite dañar y maltratar a las personas sin que sea contradictorio con quererlas: "te pego porque te quiero". Eso no es solidaridad.

Nuevas y reales formas de *amor familiar*, verdaderamente solidario, se desarrollan si además de querer a las personas las respetamos y procuramos su desarrollo personal, si reconocemos su lugar en el mundo, si las corresponsabilizamos de la vida familiar.

Los derechos de las mujeres, de los niños y de las niñas, de los viejos y de las viejas se abren paso en la sociedad. Sin embargo, la familia comienza a ser mirada por dentro, comienza a ser abierta gracias a las luchas de las mujeres, y hoy sabemos que la mayor violencia que viven las mujeres en el mundo ocurre en el sitio sagrado de sus familias, en su espacio de confianza y seguridad.

Hoy construimos nuevas normas de convivencia, instituciones y mecanismos para abatir la *violencia intrafamiliar y conyugal* porque ahora sabemos que las mujeres son victimizadas puertas adentro, sin que nadie intervenga. Las víctimas han sido atemorizadas para no delatar, no denunciar y pensar que son culpables. La efectividad de la opresión consiste en culpabilizar a las mujeres y violentarlas a manera de corrección. Pero no sólo las mujeres sufren violencia, las criaturas: niños y niñas la sufren por parte padres y madres que siguen el mismo criterio de legitimidad de la violencia educativa. La violencia se justifica porque se portan mal. Los viejos y las viejas son a su vez maltratados y violentados en la etapa de sus vidas en que mayores cuidados requerirían y desde luego en que su estado vital reclama mayor protección.

Por todo eso, las contemporáneas estamos llamadas a emprender con decisión esta gran lucha: *la democratización de la familia y de la vida cotidiana familiar*. Tan involucradas en la recreación de la vida familiar, las mujeres no podemos permitir que la miseria campee la vida en familia y que la pobreza no sea vista como pobreza personal.

Por eso nos proponemos intervenir en los espacios de toma de decisiones para lograr que *las políticas de desarrollo* miren las pequeñas y grandes *necesidades vitales* de las personas y estén destinadas a satisfacer sus *reivindicaciones vitales*. Para que se priorizan políticas públicas de fortalecimiento, sostén y apoyo a la familia y a la vida familiar. Para que se comprenda que ningún proyecto político civil o gubernamental tiene sentido si ignora la vida cotidiana y las aspiraciones más entrañables de cada persona. Por eso, es preciso que enfrentemos con todos nuestros argumentos las viejas ideas conservadoras.

Las mujeres debemos apoyarnos en la modernidad para enfrentar los viejos lazos feudales y esclavizantes que campean en la familia. Centramos en nosotras mismas, ser nuestro propio centro, dejar de desplazarnos a nosotras mismas, dejar de servir y de ser sumisas, permitirá que cada mujer se considere a sí misma como una *humana* con toda la dignidad, la integridad y los merecimientos.

Ser-para-mí, la *mismidad*, es la alternativa para dejar de ser objeto de opresión. Pero no se trata de despreciar a los otros. Por el contrario, las mujeres autoafirmadas e independientes respetadas por todos podemos entonces establecer relaciones familiares y de pareja de *solidaridad, de compromiso mutuo y de amor*. Esa es la gran aventura de este fin de siglo y de milenio.

El inicio de una nueva era no estará en los números mágicos de los años, sino en nuestra capacidad de hacer frente a la enajenación y de hacer de la familia un espacio del desarrollo, de la seguridad, de la justicia y de la equidad para nosotras y para todos.

6- reivindicaciones vitales y los 10 puntos.